



Patio del convento de Jesús María dedicado a jardín, en Córdoba.

Fragmento de la conferencia dictada en el Club de Señoras el 2 de julio

Por SADY ZAÑARTU

Señoras, señores:

El gusto por las antigüedades es un gusto digno de respeto, pues combate y retarda la inevitable destrucción de las cosas, y, al mismo tiempo, salva y conserva algo perteneciente al pasado selecto.

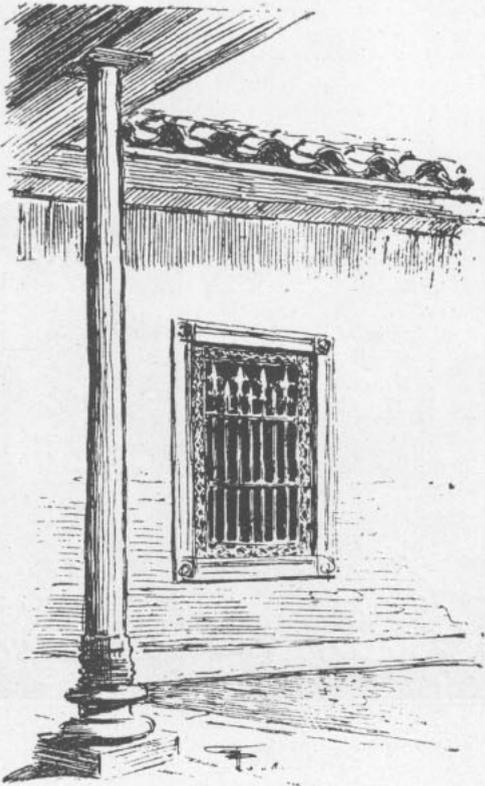
Hay en estas preciosas colecciones de artes coloniales, una constante y sabia lección desprovista de modernos y falsos oropeles, y, como en esas talladas piedras de negruzca carcoma que difunden eternas ansias de belleza, se experimenta ante estas colecciones esa reacción castiza que ha de entrelazar perennemente la tradición española con la indígena.

Quien pregone por el conocimiento de los ejemplos artísticos que nos ha legado nuestro pasado colonial dentro de sus expresiones más típicas y mejor provistas del

rancio color local, ha de encontrar una doble expresión en los fundamentos plásticos y espirituales de este renacimiento tradicionalista.

Hasta la fecha un concepto injusto ha visto en nuestros antepasados peores deudas que extinguir que las del dinero. "Los padres han comido uvas en agraz y los nietos tienen solamente dentera", le dice en son de reproche cada generación que viene a la precedente. Y es de esta manera, cómo en el gran libro de la deuda, se están sumando números cada vez más estupendos, los herederos se convierten en deudores, y se quiere en un máximo de ideas violentas, producir la bancarrota nacional que ha de liquidar de una vez por todas cuanto nos legó el pasado con su esfuerzo valeroso.

Sin embargo, la historia de este pueblo



El rincón de un patio.

en su desarrollo intelectual nos ha enseñado que, si debe haber una solidaridad en las generaciones que se suceden, y los pueblos no pueden eximirse de ella, es ante el concepto de los ejemplos artísticos que esas generaciones nos han legado, y que llaman al espíritu a contemplaciones altas y serenas, sabiendo purificar nuestro presente sacrificando lo que merece perecer, y salvando lo que es digno de persistir.

Los que esperamos para un porvenir, seguramente remoto, una organización más natural, más humana y más profunda, debemos ver en lo futuro una realización del pasado. El ayer redimido de sus faltas y de sus imprevisiones, ha de ser nuestro mañana, pues de ese ayer, es de donde solamente podemos formarnos imágenes algo precisas y consistentes. Como aquel viajero, perdido en la estepa que anda y anda para encontrarse al cabo en el mismo sitio de partida, el hombre corre eternamente alrededor de un punto. Sólo reconoce que se halla extraviado cuando vuelve a ver sus

huellas sobre la arena. Pero en el trasecurso de ese viaje la llanura va afirmándose y la arena se fertiliza.

Para los que poseemos esa fe en un retorno a la existencia plácida de días donde hubo cosas mejores, entre mil cosas peores, cualquier vestigio remoto posee alto precio moral junto al valor artístico.

Si por algo me han hablado al corazón los poquísimos recuerdos coloniales que nos quedan, y he sentido los ensueños y las cavilaciones de hombres desaparecidos, ha sido como en el despertar de las cosas vivas de España y de América, en donde un fraile—al decir de Menéndez y Pelayo—sabía expresarse mejor que un académico del siglo XX.

Quien vaya por tierras de América en noble peregrinación renovadora, verá cómo en el lejano horizonte del ayer se confunden el cielo y la tierra a su alrededor, aunque se entienda por cielo lo que otros llaman infierno al revés.

Este patio de convento, aquella iglesia, tal campanario, o la hermosa y sombría casona de ancho patio moriseo que poco a poco irá descubriendo el turista con toda su significación encantadora, le dirán a medida que sorprenda mil detalles diferentes, todo lo bueno y lo malo de aquella vida pasada. Y ya escoja de entre las reliquias de más remota tradición mejicana, esas en que se advierten los ideales artísticos que prevalecieron antes de la conquista; o las del Perú, con sus maravillosos tallados en madera; o las de las villas de Salta, Jujuy o Córdoba, que muestran a la par el abolengo de su origen y el albedrío de los artesanos de la sierra andina; o estas otras que hicieron de nuestra tierra, en su época tosca y primitiva, las cuatro paredes del fuerte, comprenderá que fué la América, en los días del coloniaje, escuela de energía y de dignidad, y que hoy tiene más de una razón para ser al mismo tiempo aula inmensa de patriotismo.

El renacimiento del gusto colonial en estas épocas en que se está invadiendo a la América por sus cuatro costados con el camaleonaje de ideas de todas las emigraciones del globo, tiene un signo de futuras grandezas que imponer, pues de esta simiente ha de nacer un árbol inesperado de frutos a la vez nuevos y castizos, que nos ha de defender de ese cosmopolitismo que trata de consolar sus nostalgias edificando absurdas copias de sus casas abandonadas.

Desde hace algún tiempo—dice Gómez Carrillo, en una crónica sobre este renacimiento que ha emprendido Enrique Larreta en la Argentina, aunque de un carácter más español,—se nota una tendencia muy marcada en favor de lo castizo y de lo prócer. Los poetas nuevos huyen de las castalias exóticas y beben en la fuente del Arcipreste, tratando de refrescar con aguas ingenuas los ardores demasiado doctos de la musa rubeniana. Los pintores son todos hijos de Zuloaga, de Anglada, de Romero de Torres. Los historiadores buscan en los archivos las imágenes hidalgas de los siglos coloniales. Los arquitectos, en fin, desdendiendo las elegancias floridas que hacen de Belgrano y de Palermo barrios parisieneses, se consagran a engalanar sencillas tapias andaluzas con rejas misteriosas. Este movimiento, como todos los grandes florecimientos poéticos, tiene en el alma nacional raíces que poco irán notándose en las costumbres, que son cada día menos cosmopolitas; en el idioma, que es de año en año más puro, y hasta en los sentimientos íntimos: en el amor, en el rubor, en el fervor. Por ahora en lo que más claramente aparece es en la reacción contra la influencia arquitectónica del Norte de Europa, y en la vuelta del gusto español clásico, a la sencillez clara de Andalucía, a la gracia severa de Castilla, a la pintoresca comodidad del campo vascongado”.

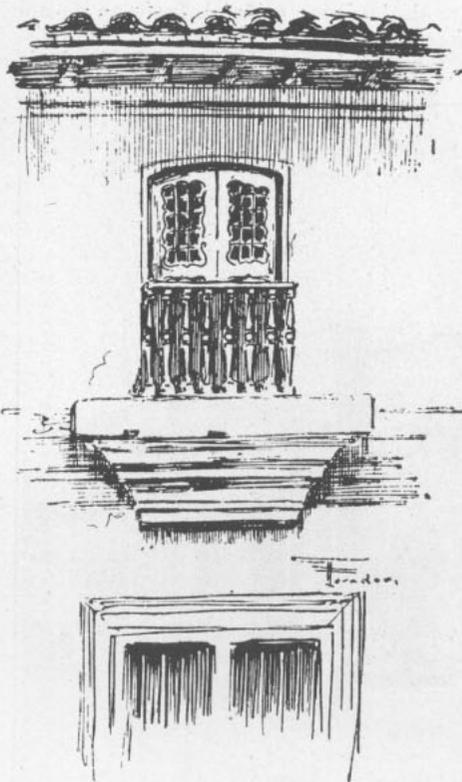
Esta corriente que no es otra cosa que el hacernos volver a nuestro origen ha tenido en los argentinos de pura cepa criolla una repercusión muy honda, y con Enrique Larreta, el eminente patricio de la “Gloria de don Ramiro” ha salido una legión de arquitectos a construir, como por arte mágico, easonas ricas y sombrías, alegres patios blancos, hermosas quintas coronadas de azoteas que son jardines aéreos.

Ya el primer paso en este camino, que puede llamarse de “progresivo retroceso”, como dice Martín Noel, lo dió la provincia de Buenos Aires al restaurar el antiguo Cabildo de Luján y convertirlo en un museo de arte colonial que llegará a ser en esa República una verdadera escuela de artes tradicionales. En el histórico edificio está aprobada la idea de un taller de alfarería y de tejidos, fuera de toda la riqueza que guarda el santuario, y que constituye su cátedra de belleza.

Entre nosotros contados son los cultores que han contribuído en el país a este

floreamiento del buen gusto colonial. A ello se debe que la arquitectura no haya ejercido sobre la ciudad su nostálgico reflejo árabe con sus perspectivas de terrazas blancas y almenadas; y a la falta más que todo de poetas que hubiesen sabido entrelazar lo legendario a lo positivo. Julio Bertrand Vidal ha sido uno de los pocos arquitectos que, con sus facultades privilegiadas de hombre de gusto exquisito, supo dominar el arte raro de combinar el poético sello de lo antiguo con las necesidades de la existencia prosaica del presente. No era anticuario por manía, dice Ricardo Valdés en un sentido artículo que escribió a su memoria, sino que adaptaba a maravilla el noble clasicismo de las antiguas construcciones a la comodidad de los habitantes de sus edificios armoniosos.

En cuanto a la curiosidad por las cosas pasadas hemos visto aquellas fiestas de “Santiago Antiguo” con todo su carácter restropectivo, social e histórico, y cuya



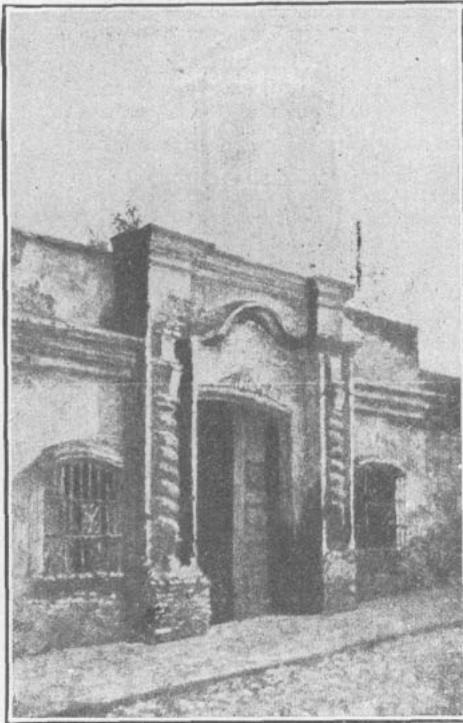
Un balcón colonial en Santiago.

inspiración se debió a don Ramón Subercaseaux, perdurando aún con todo el encanto que sus imágenes hicieron revivir, junto a la atención poderosa de nuestro público sajonzado, que tan poco sabe de estas cosas pasadas.

La pintura sobre asuntos coloniales ha contado también entre nosotros con algunos cultores de primer orden que, como Pedro Subercaseaux, nos han dado a conocer detalles interesantísimos de la trapería, del ornato y del color poético de la época. Todas las imágenes de profundo sabor local han revivido bajo su pincel evocador con bellos asuntos que demuestran su poderosa intuición poética y su armonista gracia criolla.

Hasta hace poco antes de su muerte nos saturó el corazón de íntima tristeza ese joven pintor que se llamó Alfredo Lobos, y que paseó su bohemia exquisita por los muros abandonados de nuestras viviendas provinciales.

Las casonas antiguas, como arte resucitador de la época colonial, tuvieron encantadora vida plástica en las telas del artista. Y ya teníamos al pintor al pie de la



La antigua fachada de la casa del Congreso de Tucumán. 1816.

desvencijada torre de las capuchinas, saturándonos el alma con el perfume inolvidable de esa apacible vida monacal; o junto a un balcón corrido, cargado de enredaderas y pleno de sol fulgurante.

Otro cultor de la época colonial ha sido Joaquín Díaz Garcés, cuyos cuentos, llenos de donosos argumentos y sabroso colorido local han cautivado profundamente a sus lectores del "Pacífico Magazine".

Ahora, si hacemos un poco de historia, sobre la transformación que ha experimentado Santiago en estos últimos siglos, veremos cómo se ha distanciado de su origen, en todo lo que se refiere a su arte, sus gustos y costumbres, para constituir una de las tantas ciudades que pasean por el mundo de la languidez morbosa de su aparente snobismo.

¡Si no tuviéramos nosotros ese fondo obligado de todo paisaje americano,—la cordillera de los Andes,—cuánto hubiésemos perdido de ese esfuerzo que nos legaron nuestros abuelos castellanos!

La muy noble y leal ciudad del Nuevo Extremo, fué invadida poco a poco por la arquitectura extranjera que llegó, sin preocuparse de ese sentido "común", que a veces constituye un criterio de buen gusto en materia de armonía, en los espíritus mediocres. Santiago principió a tener un estilo inglés, un estilo belga, un estilo vienés; señores adinerados sin más epígrafes del "Ha estado en Europa", como los ridiculizaban esas caricaturas de nuestros primeros periódicos satíricos, llegaban a imponer junto con su lenguaje salpicado de divertidos galicismos, recuerdos estéticos en cuya mezcla imperaba el desgraciado gusto del transplantado. Fué de esta manera cómo el Santiago de Frezier, de Vancouver, con sus fachadas sencillas, sus líneas milenarias, sus tapias armoniosas y sus aleros de tejas, desapareció con la sonrisa irónica de los que veían en su arcaica arquitectura, lo pobre, lo sencillo, lo útil sobre lo estético. Ni una voz melancólica y noble se alzaba a detener la invasión que iba a concluir por hacer igual la vida en todas partes. Vicuña Mackenna había muerto. Y su Santa Lucía, soñador y poético, custodiado por los escudos heráldicos de piedra calada, era también presa de esta falta de buen gusto, y que iba a profanar su armonía evocadora con un cúmulo de los más variados estilos arquitectónicos y escultóricos. Su monumental entrada por la Alameda, estilo renacimiento, llamaba a sellar con tan grotesco broche, esa época



La antigua calle de las Ramadas.

esencial, fuente de fe inspiradora, y que Vicuña Mackenna quiso hacer surgir de entre sus muros de fortaleza.

¡Pobre y leal ciudad! Ahora comprendo la pena de los que después de poseerla, como a una mujer graciosa y sencilla, la perdieron para siempre. Las familias ya no preferían la antigua casa solariega, con su zaguán con puertas de doblar. Y los perfumados naranjos de su ancho y luminoso patio andaluz eran cambiados por los decorativos bambúes de la India. Aquella arquitectura colonial, decorosa en medio de su blanqueo, pero de un sabor arcaico reflejado del mudéjar de los árabes o del sobrio clasicismo romano del siglo XVIII, no sentaba bien a la nueva éra de riqueza en que se iniciaba nuestra vida política y social. Era necesario borrar de un tirón los hábitos que habíamos adquirido en nuestras desmanteladas viviendas durante más de dos siglos de valeroso esfuerzo. Y este

extremo de cosas se vió hasta el día en que fué cubierta por una costra de estuco y colorete la piedra de nuestra sobria y bien tallada Catedral. Las calles fueron tiradas a cordel, y la barreta demoledora hizo desaparecer los recovecos de nuestro período de capa y espada, con sus mojinetes cargados de sombras, y no pocas esquinas de balcones corridos, embozados aún tímidamente de enredaderas y jazmines. La transformación de la ciudad parecía así de un golpe cambiar con toda su tonsura monacal. Pero Santiago moderno no pensaba que, si bien es cierto, había perdido su espíritu tradicional de arquitectura, no por eso dejaba de conservar incólume su alma y abolengo. El alma del pasado pugna por hacer resplandecer su armonía y belleza del mismo hontanar que antaño le dieran los troveros de su suntuaria en el mismo ambiente en que naciera.

